

debió llamar la atención del juez. Interrogados todos acerca de si habían dado muerte á los españoles, respondieron que sí; preguntado si ello había sido por mandato de Motecuhzoma, contestaron que no. (1) No obstante, Cuauhopoca, su hijo y los quince nobles fueron sentenciados á ser quemados vivos.

El día de la ejecución entró Cortés en la cámara de Motecuhzoma y dijo á éste: "Ya sabes que me has negado no haber mandado á Cuauhopoca, que matase á mis compañeros, no lo has hecho, como tan gran señor que eres: y habiendo tú sido causa que los míos hayan muerto, y Cuauhopoca también, con su hijo y tantos de los suyos, si yo no tuviera consideración al amor que has mostrado á mi rey, y á mí en su nombre que de su parte he venido á visitarte, merecías pagar con la vida, porque la ley divina y humana quiere, que el homicida, como tú eres, muera. Pero porque no quedés sin algún castigo, y tú y los tuyos sepáis cuánto vale el tratar verdad, te mandaré echar prisiones." Al escuchar semejantes palabras, el emperador quedó muy turbado sin acertar á decir cosa; disculpóse de nuevo, y dejóse poner unos grillos á los pies mientras D. Hernando le volvía la espalda. El abatido monarca, en su estéril dolor no sabía más de llorar; atónitos los nobles que le acompañaban lloraban también silenciosas lágrimas, puestos de hinojos sostenían con sus manos las prisiones y metían por los anillos mantas delgadas para evitar tocasen á las carnes: no atinaban á tomar ningún partido, de miedo de ver perecer á su señor. (2)

(1) Cartas de relac. pág. 87. D. Hernando escribe: "E assi mismo les pregunté, si lo que allí se había hecho si había sido por su mandado (del emperador), y dijeron que no, aunque despues, al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia, que fuesen quemados, todos á una voz dijeron, que era verdad que el dicho Mutezuma se lo había enviado á mandar, y que por su mandado lo habían hecho."—Nos permitimos dudar de la palabra del terrible pesquisador. El temor de la muerte no era parte en aquellos guerreros para hacerles cambiar de dicho, sobre todo cuando iban irremisiblemente á morir, y cuando ni la misma promesa de la vida les habían hecho faltar al respeto ni á la obediencia de su señor. Cortés había puesto los ojos en este pretexto para paliar su conducta, y no era fácil le dejara ir de la mano; el procedimiento dependía de su voluntad, y los reos dirían cuanto á él conviniese, supuesto el ciego obediencia de la intérprete Marina.—"Segun la carta referida, (dice Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 86. MS.) y las relaciones mexicanas, no tuvo culpa, sino que por ciertos agravios y demasías que los cuatro españoles hicieron, fueron muertos por los naturales de aquellas partes."

(2) Herrera, dec. II, lib. VIII, cap. IX.

La ejecución tuvo lugar delante del palacio de Motecuhzoma, en la plaza ante el atrio del templo. Las hogueras estaban compuestas de las armas sacadas de los almacenes del teocalli y del Tlacochcalco, escudos, saetas, lanzas, varas arrojadizas, espadas, quebrado todo previamente, siendo en todo cuarenta carretadas: de esta manera se privaba de defensa á los guerreros de la ciudad. Los castellanos á punto de guerra cuidaban del orden. Cuauhopoca, su hijo y los quince nobles fueron sujetados de pies y manos á firmes postes; aplicóse la llama al combustible y los guerreros desaparecieron entre las llamas y los remolinos del humo, dejando sus cenizas entre los carbones. (1) El pueblo presenció mudo y asombrado la catástrofe, no tanto por la novedad del espectáculo, cuanto por el atrevimiento de los blancos al hacer aquella justicia, tolerada y permitida por el aprisionado emperador.

Después de aquel acto, bárbaro como todo sacrificio humano, D. Hernando tornó á la cámara de Motecuhzoma con cinco capitanes, por sus manos quitó los grillos al monarca y díjole: "Que no solamente lo tenía por hermano, sino en mucho más, é que como es señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podía, el tiempo andando lo haría que fuese señor de más tierras de las que no había podido conquistar ni le obedecían; y que si quiere ir á sus palacios, que le da licencia para ello; y decíasele Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecía se le saltaban las lágrimas de los ojos al Montezuma; y respondió con gran cortesía que se lo tenía en merced, porque bien entendió Montezuma que todo era palabras las de Cortés; é que ahora al presente que convenia estar allí preso, porque por ventura, como sus principales son muchos, y sus sobrinos é parientes le vienen cada día á decir que será bien darnos guerra y sacallo de prision, que cuando le vean fuera le traerán á ello, é que no quería ver en su ciudad revueltas, é que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar otro señor: y que él les quitaba de aquellos pensamientos con decilles que su dios Huichilobos se lo ha enviado á decir que esté preso. E á lo que entendimos é lo más cierto, Cortés había dicho á Aguilar, la lengua, que le dijese de secreto que aunque Malinche le mande salir de la prision, que

(1) Herrera, loco cit.—Relacion de Andres de Tapia, pág. 584.

“los capitanes nuestros é soldados no queríamos. Y como aquello le oyó el Cortés, le echó los brazos encima, y le abrazó y dijo: “No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo. (1)

Logrado por Cortés imponerse á la ciudad con un acto de atrevido atrevimiento, como el castigo de los nobles que á los castellanos mataron, volvió la atención á la naciente Villa Rica. Para llenar la vacante dejada por Juan de Escalante nombró á un hidalgo llamado Alonso de Grado, hombre más dispuesto á negocios que á cosas de guerra y partidario además de Velázquez; dióle sólo el cargo de capitán de la guarnición de la villa, á fin de entender en la conclusión de la fortaleza; y aunque el agraciado pretendió la vara de alguacil mayor, ya D. Hernando la había confiado á su amigo Gonzalo de Sandoval. El nuevo comandante llegó á la pequeña colonia, y en lugar de cumplir con sus obligaciones, se entretenía en darse buena vida y jugar, mostraba mucha gravedad con los vecinos, hacíase servir como gran señor, demandando por los pueblos de los vecinos le diesen joyas de oro é indias hermosas; además entraba en pláticas con los soldados diciéndoles: que si se presentaba Diego Velázquez ó alguno de sus capitanes, les diesen la tierra uniéndose á ellos. Por la posta fué informado D. Hernando de aquellos procedimientos, y para poner remedio, sobre todo en que la guarnición se pasara á Velázquez, dió orden de marchar á Gonzalo de Sandoval, acompañado de Pedro de Ircio: fuera del encargo de sus obligaciones, llevaba orden de prender á Alonso de Grado y remitirle á México, debiendo también enviar dos herreros con sus fuelles y herramientas, las dos cadenas gruesas ya fabricadas, fierro, velas, jarcias, pez, estopa y una aguja de marear, pues pensaba labrar dos bergantines, á fin de enseñorearse del lago. Sandoval llegó á la Villa Rica, tomando posesión de sus empleos sin dificultad ninguna; salió útil administrador, valiente soldado, partidario fiel de su general; se dió á querer y á estimar entre la guarnición, se hizo amar y respetar de los totonaca, adelantando mucho en la construcción de la fortaleza. Cumpliendo lo ordenado remitió á México las personas y los útiles pedidos, bajo la custodia de los indios. Alonso de Grado fué puesto en el cepo; mas tales mañas supo dar-

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.

se y tales ofrecimientos hizo, que á los dos días quedó en libertad y con la amistad de Cortés. (1)

Cuarenta y seis días después de la entrada de los castellanos en México, lo cual determina la fecha 24 de Diciembre, habiendo rogado D. Hernando al rey Cacama le diese algunos de sus criados para acompañar á los españoles que enviaba á visitar á Texcoco, salían de México los dos príncipes acolhua Nezahualquētzin y Tetlahuehuezquilitzin con veinte peones españoles; al llegar á la orilla de la isla á fin de embarcarse, en las casas que ahí tenía Nezahualcoyotl, los alcanzó un mensajero de Motecuhzoma, quien tomando aparte á Nezahualquētzin le dijo de orden de su señor, tratasen bien á los blancos y les diesen cuanto oro quisiesen, pues tal vez de aquella manera lograrían se contentase el capitán y los dejase libres. El jefe de los peones, mirando lo que pasaba y sin entender la plática, desconfió no fuera aquello una felonía, y sin más averiguación dió de palos á Nezahualquētzin, llevándole en seguida á presencia de Cortés como culpado de traición. Con experiencia de cuanto le habían sufrido, D. Hernando no tenía temor en desmandarse; así, inmediatamente procesó á su modo al príncipe, mandando ahorcarle en el acto. Aunque resentido Cacama de la injusta muerte de su hermano, mandó á un tercer hermano Tecpacochitzin para acompañar á Tetlahuehuezquilitzin y veinte castellanos. Fuéronse á Texcoco, escudriñaron la ciudad muy á su sabor, “recogieron todo el oro del tesoro de Nezahualcoyotzin y una arca muy grande de dos brazos en largo, una en ancho y un estado en alto, la hincheron hasta arriba de oro, y no contentos los españoles les mandaron á Tetlahuehuezquilitzin y á los demás señores de la ciudad que juntasen más oro, porque el que habían sacado del tesoro del rey era poco, y así cada uno de aquellos señores sacó de su tesoro cierta cantidad de oro, con que tornaron á henchir otra tanta cantidad como la primera.” (2) Quedó satisfecho Cortés del rico metal, le agradó la relación de la ciudad acerca de su riqueza y población, no siendo de menor importancia las promesas del rebelado príncipe Ixtlilxochitl, por entonces la persona más poderosa en Acolhuacan.

(1) Bernal Díaz, cap. XCVI.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 86. MS.—Relac. XIII, pág. 4.

Cacama opinó siempre por recibir de paz á los hombres blancos y barbudos. Cuando éstos se aposentaron en Tenochtitlan, quiso se les guardasen los fueros debidos á los embajadores de un gran rey; á la vista despues de la prision de Motecuhzoma, del suplicio de Cuauhpopoca, de los excesos cometidos por los extranjeros y muerte injusta de su hermano, comenzó á solicitar á los nobles méxica á fin de hacer la guerra á los invasores, arrojarlos de la ciudad y poner libre al emperador. Sus indicaciones no obtuvieron resultado alguno: Motecuhzoma cegado primero por la supersticion, estaba para entónces completamente subyugado por el miedo; los méxica, acostumbrados al despotismo más absurdo, carecían de propia voluntad obedeciendo ciegamente los mandatos de su señor. Despechado Cacama de no encontrar quien respondiera á su tardío desengaño, huyó de México á Texcoco resuelto á levantar á sus vasallos y ponerlos en campaña. (1)

(1) Ixtlilxochil, Hist. Chichim. cap. 86. MS.

## CAPITULO V.

### MOTECUHZOMA XOCÓYOTZIN.—CACAMA.

*Motecuhzoma en la prision.—Aparente respeto de los castellanos.—Liberidad del emperador.—Anécdotas.—Paseos.—Construccion de dos bergantines.—Exploraciones en busca de los rios auríferos.—Reconocimiento del Coatzacoalco.—Prision de los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan, de Cuittlahuac y otros nobles.—Motecuhzoma se reconoce súbdito del rey de Castilla.—Colecta de oro.—Monto y reparticion del tesoro.—Descontento entre los soldados.—Apacigualos D. Hernando.—Suceso desgraciado.*

II tepatl 1520. Con la facilidad demostrada por el monarca, para pasar pronto de un estado mortal de congoja á la más absurda tranquilidad, Motecuhzoma olvidando estar en prision y la afrenta recibida al ponerle grillos, vivía resignado y aún contento en el cuartel de los españoles. Dejábanle la vida y el ejercicio del poderío absoluto, si bien subordinado al antojo de los blancos, y con ello se daba por satisfecho. Verdad es que las guardias le cerraban la salida á la ciudad, que las vigilantes miradas de los castellanos le perseguían hasta en las acciones más íntimas; pero en cam-